1

Durante los diez últimos años, he llevado en Manhattan una vida con la que la mayoría de la gente solo puede soñar. ¿Un piso genial en el Upper East Side? Sí. ¿Una carrera en auge en un banco de Wall Street? Sí. ¿Un novio guapo que me pidió matrimonio con el anillo de su abuela? Bingo.

Pero en la última semana, las cosas han cambiado.

Me han echado de mi casa. El banco ha anunciado una fusión, lo que significa que mi trabajo pende de un hilo. Y mi prometido se ha fugado a Iowa con una bailarina llamada Fifi.

Pero aún hay motivos para ser optimista.

El banco va a enviarme a Londres para «demostrar mi talento» ante el nuevo director general y para que entre en el programa de promoción rápida para directivos. Al menos eso no supondrá un problema para mi relación inexistente.

Y luego está el hecho de que estoy en Londres. Londres, Inglaterra. Es mi primer viaje al extranjero, y no voy a conformarme con un fin de semana largo en el Cabo. Estoy al otro lado del charco. En un continente diferente al de Jed y Fifi. Eso tiene que contar como una victoria.

Estoy preparada para lo inesperado —figura en mi lista de cosas que hacer antes de viajar, justo debajo de «no olvidarme del pasaporte»—, pero ni siquiera la planificadora más meticulosa habría previsto registrarse en su hotel de Londres y encontrarse rodeada de… mujeres. Tampoco es que esperara no ver mujeres, pero, inconscientemente, había dado por hecho que iba a ver a personas de los dos sexos, como suele pasar. Y aquí no

hay ni un solo hombre, aunque sí hay toda clase de mujeres: rubias y morenas, bajitas y altas, delgadas y con curvas… Todas sonriéndose unas a otras con alegría desenfrenada, charlando en tono de complicidad y riéndose como si todas se hubieran tomado un cóctel, aunque apenas haya pasado el mediodía. No las juzgo, conste: los *brunchs* de Nueva York no son nada sin una mimosa.

Dejo mi pasaporte en el mostrador de facturación y aparto la vista de las cuatro mujeres que están junto a la puerta, todas de mi edad, apiñadas alrededor de un mapa.

—Buenas tardes, ¿viaja por negocios o por placer? —pregunta la mujer rubia y bien arreglada que está detrás del mostrador.

—Por negocios —respondo, preguntándome a medias si se me pasó algo por alto cuando consulté la página web del hotel después de que el departamento de viajes del banco me reservara una habitación. Repaso mentalmente las posibles explicaciones: es un hotel solo para mujeres, pensado para que estas se sientan seguras cuando viajan; una despedida de soltera se ha apoderado de todo el hotel; una enorme fiesta de cumpleaños solo para mujeres ha invadido el vestíbulo. Estiro el cuello para ver si alguno de los otros recepcionistas es un hombre.

—¿Ha venido a la convención? —A la recepcionista le brillan los ojos y su sonrisa es amplia y sincera. Ella misma parece estar muy emocionada.

—Eh…, ¿qué convención?

Se echa hacia delante y coge algo que hay sobre el mostrador. Delante de mí, coloca una figura de cartón de Daniel De Luca de diez centímetros de alto: por fin, un hombre, y uno con el que estoy muy familiarizada.

—¡La convención Daniel De Luca, por supuesto! Es el tercer año que la celebramos.

—¿Daniel De Luca? —pregunto, como si no supiera que se

refiere a la estrella de cine británica, famosa por sus comedias románticas de Hollywood. En mi opinión, está infravalorado como actor. Su mejor trabajo fue en el *thriller Vigilándome*. Le robaron la nominación al Óscar—. ¿Hay una convención?

—La DDL Con. ¿No lo sabía? —Me mira como si acabara de entregarme un cheque gordo que no me esperaba—. Pues hay un paquete de cinco días y otro de siete —explica—. Si tiene tiempo fuera del trabajo, debería apuntarse. Empieza mañana, así que aún no se ha perdido nada.

Un fuerte traqueteo a mis espaldas me llama la atención y giro la cabeza de golpe para ver a una mujer bajita con un vestido de verano de lunares, igual que el que llevaba Mary McDorney en *Every Day,* cuando ella y Daniel De Luca fueron juntos a un partido de polo. Está desplegando una pancarta, pero le cuesta mantenerla abierta. A primera vista, parece que está restregándose contra una foto desmesuradamente grande del rostro de Daniel De Luca.

No es precisamente lo que esperaba de Londres, pero se supone que los viajes internacionales amplían los horizontes.

Me vuelvo hacia la recepcionista.

—Creo que no voy a tener tiempo, pero gracias. —He volado un sábado para poder recuperarme del *jet lag* y acomodarme antes de empezar mi estancia de cinco semanas como asistente ejecutiva del director general del banco. Tengo pensado buscar una cafetería estupenda, averiguar cuánto tiempo me llevará el trayecto al trabajo y familiarizarme con el sistema de transporte público; tengo una lista de todo lo que debo hacer mañana antes de presentarme en el banco el lunes. Quiero estar preparada. No puedo perder a mi novio y mi trabajo al mismo tiempo. Mi vida se habría convertido en un desastre y no voy a permitir que eso ocurra.

—Ay, pobrecita. —Ladea la cabeza y hace un puchero, como si perderme la convención fuera lo peor que le pudiera pasar a

una mujer como yo. *Chica, por favor. Déjame presentarte a mi prometido infiel.* En otra vida, quizá esto habría sido la mayor tragedia del mundo. Al fin y al cabo, he visto muchas películas de Daniel De Luca. Cuando era adolescente, mi madre y yo pasábamos horas viendo sus trabajos, buscando datos sobre él e investigando los lugares donde se rodaban. Pero mi madre ha fallecido, ya no soy una adolescente y estoy en Londres para salvar mi carrera. No he venido para derretirme por una estrella de cine. Deja caer un folleto sobre el elegante mostrador blanco que nos separa—. Este es el programa de eventos. Para la mayoría tiene que estar inscrita en la convención, pero puede reservar algunas de las visitas guiadas aunque no lo esté. Ah, y… —Se agacha debajo del mostrador y saca lo que parece un mapa turístico—. Tenemos un mapa de Daniel De Luca. En él se indican todos los lugares de rodaje de sus películas en Londres; incluso hay algunos fuera de Londres, por si le apetece una escapada al campo.

Lo que habría dado mi yo de quince años por estar aquí. Ahora que lo pienso, mi madre, de cuarenta años, habría vendido hasta el último de sus globos de nieve de edición coleccionista para asistir a este evento. Se me encoge un poco el corazón al recordar su cara cuando abrió el último regalo de Navidad que le di: el primer y único globo de nieve de Daniel De Luca que conseguí encontrar.

Los bordes afilados de la pena por la muerte de mi madre se han desgastado y suavizado desde las primeras punzadas agudas de los dos primeros años, pero la tristeza por su ausencia nunca desaparece. Se queda ahí, esperando bajo mi piel, lista para aflorar ante la mención de su película favorita o cada vez que el primer día frío del otoño me hace ponerme una chaqueta. El otoño era su estación favorita.

—Vaya —comenta la recepcionista, tecleando en su ordenador—. Tiene una reserva para treinta y seis noches. Para cuando se vaya, será como de la familia. —Hace clic con el ratón—. Ya

está, la he cambiado a una de mis habitaciones favoritas. —Me entrega la llave de la habitación—. Bienvenida a Londres. Espero que se encuentre con el mismísimo Daniel De Luca.

No puedo evitar reírme.

—Gracias. Yo también lo espero. —Como mínimo, a mi padre le habría hecho mucha gracia que conociera al hombre con el que mi madre y yo estábamos casi obsesionadas durante mi adolescencia.

Las puertas del ascensor se abren y revelan que todas las paredes del interior están decoradas con fotogramas de las películas de Daniel De Luca. Es casi como entrar en una cápsula del tiempo. Me siento rodeada no solo por Daniel De Luca, sino también por mis recuerdos de cuando veía sus trabajos, de cómo me sentía siendo una adolescente acurrucada con mi madre en el sofá, comiendo palomitas y hablando del futuro como si fuera un mundo mágico de ensueño lleno de amor, romance y finales felices.

Las puertas del ascensor vuelven a abrirse con un pitido, dejando al descubierto una pared en blanco, una iluminación tenue y una evidente ausencia de señalización. Se parece mucho más al futuro de la vida real que al que había soñado con mi madre.

Después de haber ido primero en la dirección equivocada, encuentro mi habitación, decorada en tonos crema y azul claro. La decoración de estilo playero y la luz del sol que entra por la ventana casi me hacen sentir como si estuviera de vacaciones. Llamo a mi mejor amiga, Melanie, antes incluso de quitarme los zapatos.

—¿Ya has aterrizado? —me pregunta.

—Estoy en el hotel. Acabo de llegar y no te vas a creer dónde me han alojado.

—¿El Palacio de Buckingham? —pregunta.

—¿Cómo lo has adivinado? Kate Middleton y yo vamos a hacernos la manicura y la pedicura más tarde. No, este hotel

acoge una convención de Daniel De Luca. ¿No te parece… raro o gracioso o algo así?

—Ay, vaya…

Hago caso omiso del tono comprensivo de su voz.

—Es curioso, ¿no? Hasta me han dado un mapa con todas las localizaciones de sus películas. —Pongo el teléfono en altavoz, despliego el mapa y aparto el cuenco de fruta de la mesa que hay junto a la ventana para poder extender toda la ciudad de Londres delante de mí—. Espera, voy a poner el vídeo. Tienes que ver esto.

Giro la cámara para que ella vea lo mismo que yo.

—¡Dios mío, hay cientos! —exclama. Hay líneas de diferentes colores que señalan las localizaciones; llegan hasta el borde del papel, donde hay una imagen de la escena que se rodó en ese lugar—. ¿De qué película es esa de la esquina superior izquierda, en la que él lleva el sombrero? —pregunta.

Sé, incluso antes de encontrar la imagen, a qué escena se refiere.

—*Nunca en domingo,* donde le pide prestado el sombrero al niño para hacer reír a la madre. —Recorro con el dedo la parte superior del papel, pasando por fotogramas de su filmografía hasta detenerme en el de *Nunca en domingo.* Siempre fue una de las favoritas de mi madre. A menudo me pregunto si ella se planteó que mi padre volviera a casarse si ella moría, como acabó haciendo Daniel De Luca en esa película. Tampoco es que ella supiera que iba a morir. Y tampoco es que mi padre volviera a casarse.

—Si pudieras sacar provecho económico de lo que sabes sobre Daniel De Luca, no necesitarías ese trabajo en el banco. Podrías volver a Nueva York hoy mismo —dice Melanie.

—Sí —río—. Debería estar dirigiendo esta convención. Probablemente mis conocimientos estén un poco desactualizados. Ya hace bastante tiempo…

—Quizá, si no te va bien en el banco, puedas organizar una convención en Nueva York.

Me río de nuevo porque la idea es absurda. No me dejo llevar por mis propias fantasías, y mucho menos por las de miles de desconocidos.

—Mi madre sabía mucho más que yo.

—Eso es una tontería. Tú lo sabías todo.

Me aparto del mapa y abro la cremallera de mi maleta.

—No, mi madre estaba obsesionada con él. Yo solo la acompañaba.

Melanie suelta una carcajada.

—Fue justo al revés. Estabas locamente enamorada de él. ¿No te acuerdas de tu tablero de visualización?

Empecé mi tablero de visualización para imitar a mi madre. Ella siempre estaba recortando imágenes de revistas y folletos —un campo de margaritas, un bonito vestido de verano, una puesta de sol sobre las Montañas Rocosas— y luego las fijaba en el enorme corcho de nuestra cocina o las pegaba en la nevera con mis viejos imanes con letras. Siempre decía que era bueno rodearse de las cosas que querías en tu mundo. Y yo quería a Daniel De Luca en el mío.

Supongo que Melanie tiene razón. Mi madre no era más que mi cómplice a la hora de adorarlo. Me da la impresión de que ha pasado una eternidad de eso, cuando la vida era mucho más sencilla de lo que es ahora.

—Pensaba que me iba a casar con él.

—¡Sí! —exclama Melanie—. Te pusimos el velo de tu madre y un delantal blanco, ¿te acuerdas?

Había recortado con cuidado la foto que nos habíamos hecho de mí vestida como la novia de Daniel y la había pegado junto a una foto de él en *Un rayo de sol en un día oscuro*. Así fue como empezó mi tablero de visualización. Poco a poco fui añadiendo a miembros del cortejo nupcial y luego la casa en la que

íbamos a vivir —en Inglaterra, obviamente—. Tenía pensado mudarme allí después de la boda.

—Quizá tu tablero de visualización por fin se esté haciendo realidad. Ayer leí que ha roto con su novia. Puede que se pase por la convención y se dé cuenta, después de salir con todas esas chicas de veintidós años, de que es a ti a quien quiere.

Suspiro.

—No te hagas ilusiones, Melanie. La vida no es una película. —Lo había aprendido por las malas y demasiado joven.

—No, si lo fuera, tendrías la oportunidad de irte a Londres un mes. Londres, donde hay montones de chicos británicos. Si no es Daniel De Luca, quizá sea otro. —Melanie está desesperada por que supere lo de Jed. No tiene por qué preocuparse. Llevábamos mucho tiempo juntos y que te dejen nunca es divertido, pero estoy bien. No necesito acostarme con un chico británico para demostrármelo.

—Esto no son unas vacaciones —la corrijo—. Es una oportunidad para entrar en un puesto directivo por la vía rápida. Sabes que tengo un noventa y ocho coma siete por ciento de probabilidades de que me despidan si fracaso. Ya han anunciado despidos de analistas junior. Si no creen que soy lo bastante buena para la vía rápida, ¿por qué iban a mantenerme en el puesto?

Melanie suspira, y agradezco que no llene el silencio con tópicos como *«Todo va a ir bien»* o *«Son afortunados de tenerte»* o *«Claro que no te van a despedir»*. Las dos sabemos que Nueva York es una ciudad dura.

—¿Cómo va la búsqueda de piso? —le pregunto. El contrato de alquiler de Melanie vence el mes que viene y estamos buscando un sitio para compartir.

—Es deprimente. Todo es carísimo. Y desde la pandemia, todos los caseros piden mucho más que antes.

Inspiro hondo e intento deshacer el nudo de irritación que tengo en el pecho. A Jed siempre le había gustado nuestro lujoso

piso, aunque a mí me costaba mucho llegar a fin de mes con mi sueldo. Yo habría sido mucho más feliz en un apartamento más pequeño, donde hubiera podido ahorrar más. Él ganaba más que yo, así que para él no era un gran esfuerzo, pero después de pagar el abono de metro, las comidas fuera de casa y otros gastos, no me quedaba nada para ahorrar. Vivía al día, de sueldo en sueldo. No dejaba de decirme a mí misma que no pasaba nada porque mi nómina en el banco iba a seguir subiendo y mi prometido ya ganaba más que yo.

Pero no estaba bien.

En cierto modo, el viaje a Londres llegó en el momento justo. Significa que tengo unas semanas para ahorrar en lugar de destinar el dinero íntegramente al pago del alquiler. Ojalá me hubiera esforzado un poco más por convencer a Jed de que alquiláramos un piso de un dormitorio en el centro en lugar de uno de dos dormitorios en el Upper East Side. Pero la ubicación era muy importante para Jed, así que accedí.

—Quizá deberíamos plantearnos Brooklyn —propone Melanie—. Sin duda es más barato.

Me doy la vuelta y me siento en la cama.

—¿En serio?

Me encanta Manhattan. Me encanta que las calles estén llenas de gente a cualquier hora del día, que nadie se sorprenda si vuelves a casa con un solo zapato —historia real— y que en cada esquina pase algo que quiera contarle a mi padre.

—Voy a empezar a llamar a agentes esta semana. A ver qué hay por ahí.

—Me parece bien. Espero de verdad que no acabemos en Brooklyn.

Hay un momento de silencio antes de que Melanie vuelva a hablar.

—¿Qué pasó entre Daniel De Luca y tú? ¿Te has desenamorado de él sin más?

Me encojo de hombros.

—He dejado atrás esas fantasías tontas. Como la mayoría de la gente. —Finjo toser. Melanie nunca ha superado su obsesión por Harry Potter, y la quiero por eso.

—¿Pero por qué? —pregunta Melanie—. ¿Por qué tenemos que crecer y volvernos sensatas? —Hay una respuesta sencilla a eso: porque la vida no es un cuento de hadas—. Bueno, hablemos de los hombres de Londres —continúa Melanie antes de que el silencio se vuelva incómodo—. Tendrás que investigar a fondo e informarme.

Me enderezo, echando los hombros hacia atrás.

—No necesito a nadie más. —Jed y yo nos conocimos en la universidad, y fue su enfoque realista de la vida lo que me atrajo. No hubo cosquilleos en el estómago ni pasión ciega ni días perdidos en conversaciones. Nuestra relación no había sido como las de las películas. Había sido mejor porque era real. Práctica. Centrada. Los dos queríamos lo mismo de la vida: un piso en Manhattan, una casa en los Hamptons, un buen plan de pensiones. Yo quería no tener preocupaciones; quería un hombre estable y de fiar que encajara en esa vida estable y de fiar.

Y el hombre estable y de fiar que elegí decidió que quería a la hermana de un amigo común, una bailarina mucho menos estable y de fiar. Se van juntos a Iowa a llevar una granja, lo que me deja a mí sola para conseguir mi vida estable y de fiar por mi cuenta.

Y ahí es precisamente adonde me llevará Londres: a salvar mi trabajo, a conseguir un puesto por la vía rápida como directiva y a asegurarme el futuro que quiero para mí.

—¿No te parece un poco… inusual toparse con una convención de Daniel De Luca? —pregunta Melanie—. Y no solo toparse con ella, sino alojarse en el mismo hotel donde se celebra. Quizá sea el destino.

—Es una coincidencia —respondo.

—Claro, pero una muy extraña. Y es en Londres, por el amor de Dios. ¿Con qué frecuencia viajas por trabajo? Nunca. Y la única vez que lo haces, ¿te alojas en un hotel que está celebrando una convención de Daniel De Luca? Es…

—¿Totalmente fortuito? —sugiero.

—Es el destino, te lo digo yo. Es el universo echándote un cable. Tienes que agarrarte bien y ver adónde te lleva.

—¿Agarrarme?

—Probablemente sea mejor decirlo así: déjate llevar. No puedo evitar pensar en ti en este hotel, rodeada de… recuerdos. —Hace una pausa y las dos inspiramos hondo—. Disfrútalo. Haz una visita guiada. O ve a un par de esos sitios que aparecen en el mapa. Puede que encuentres lo que estás buscando.

—¿Como un trabajo? —sugiero—. ¿O la vida que estaba destinada a tener con Jed?

Londres no me devolverá mi antigua vida, pero quizá me ayude a conservar el trabajo que necesito para la nueva etapa en solitario que me queda. Por ahora, es lo mejor a lo que puedo aspirar.

2

Si cuento desde que el avión aterrizó, llevo en Londres veintisiete horas y seis minutos. En ese tiempo, he visto al menos trescientas cincuenta y seis mil imágenes de Daniel De Luca. Estar en mi hotel es como vivir en la mente de mi yo de catorce años.

Y es aterrador.

Pero también tiene algo reconfortante: la muerte de mi madre me lanzó a la edad adulta con tanta fuerza que no volví la vista atrás, pero estar aquí me está obligando precisamente a eso. Cada vez que me doy la vuelta, me encuentro cara a cara —o mejor dicho, cara a foto— con mi amor platónico de la adolescencia. Y aunque no creo que el universo me esté enviando una señal al celebrar una convención de Daniel De Luca en el hotel en el que me alojo, voy a seguir el consejo de Melanie y a dejarme llevar porque quizá sea una señal, por mucho que me cueste creerlo.

Tengo tantos recuerdos felices de mi madre y de sus películas que puede que haya metido a escondidas el mapa de Daniel De Luca en el bolso, junto con el móvil, el agua y las gafas de sol. El hotel está a un paseo de la oficina, y quiero comprobar la ruta antes del lunes por la mañana, para saber qué me espera… y qué zapatos ponerme. Me imagino que Londres se parece mucho a Nueva York en lo que respecta a cambiarse de calzado al ir y volver de la oficina.

Tengo toda la tarde libre y necesito sacudirme el *jet lag* para poder demostrarle a mi jefe lo perfecta que soy para llegar a directiva. Al menos esa es mi excusa para mi pequeño desvío por

Green Park. Me siento un poco culpable, porque estoy aquí en un viaje de trabajo, pero lo justifico recordándome a mí misma que es fin de semana. Una escena concreta de la primera gran película de Daniel De Luca se rodó en este parque; de adolescente, siempre había soñado con ir al lugar donde despegó la carrera de Daniel. No era el protagonista de *Ámame locamente,* pero actuó junto a la reina de las comedias románticas, Julia Alice, y eso lo catapultó al estrellato.

Si pensaba que las calles de Nueva York estaban concurridas, Londres es otra historia, a una escala muy caótica. Las avenidas no siguen un patrón, por lo que no es fácil distinguir las manzanas, y no hay pasos de peatones a intervalos regulares. ¿Qué se supone que hay que hacer? ¿Cruzar volando la calle? Incluso las aceras son confusas: a veces son de adoquines, otras de asfalto y otras de losas. ¡Elegid un carril, londinenses!

Me pongo detrás de una familia estadounidense —mamá, papá y dos hijos adolescentes— e intento seguirlos discretamente, ya que está claro que están intentando cruzar la gigantesca calle que tenemos delante, llamada Piccadilly. No es Piccadilly Street ni Piccadilly Road, simplemente Piccadilly, como tenemos Broadway en casa. La familia parece llevar ya un par de días aquí y tiene un mapa en el que no aparece la cara de Daniel De Luca, lo que probablemente significa que tienen más posibilidades de cruzar esta calle sin que los atropelle un autobús rojo. A mí me vale.

Por fin llegamos a un paso de peatones y pasamos al otro lado. Ellos se dirigen a la izquierda, pero, según Google Maps, yo tengo que ir a la derecha.

—¡Gracias! —les grito antes de darme cuenta de que ni siquiera sabían que los estaba siguiendo.

Cuando llego al parque, mi sentimiento de culpa se desvanece y mis entrañas empiezan a bullir de emoción. No recuerdo la última vez que me sentí así de ligera. Por dentro, el parque es

mágico. Los senderos serpentean en todas direcciones, cubiertos por un dosel de hojas de un verde brillante. La luz del sol se abre paso a través de los túneles, proyectando en el suelo una red de hojas entrelazadas. Parece el escenario de una historia de fantasía, porque la vida real no podría ser tan hermosa. De alguna manera, aunque la carretera está a solo unos pasos, no oigo el tráfico. Lo único que llega a mis oídos es el canto de los pájaros y el silbido de un ciclista que pasa.

Me pongo de puntillas para intentar distinguir el cartel que hay más adelante. Estoy buscando el Monumento Conmemorativo de la Guerra de Canadá. Aparecía al fondo de la escena en la que el personaje de Daniel, Tom, se topa con el de Julia Alice. Al asomarme entre los árboles, diviso la estructura metálica que se eleva del suelo, casi como una trampilla entreabierta. Estoy en la misma carretera por la que debió de pasear Daniel De Luca.

Intento imaginarme la escena en mi cabeza para poder encontrar el lugar exacto cuando algo —o, mejor dicho, alguien— capta mi atención.

A medida que el desconocido se acerca, siento que el corazón va a salírseme del pecho, el suelo se inclina y tengo que parar para no caerme. No puede ser… ¿O sí? Viniendo hacia mí está el único e inigualable Daniel De Luca.

Joder.

Lleva el pelo casi negro peinado hacia atrás y apartado de la cara, dejando al descubierto unos pómulos altos y una mandíbula cuadrada que me hacen sentir un nudo en el estómago, como si estuviera subiendo poco a poco hacia la cima de una montaña rusa. Va vestido con un traje azul marino y parece listo para ponerse a dar órdenes. Levanto la mano mentalmente para ofrecerme voluntaria. Su ceño fruncido sugiere que está muy lejos de ser el Daniel De Luca afable, encantador y sonriente que veo en la tele, en las entrevistas y en la alfombra roja.

Quizá se le haya muerto el gato.

Llegará hasta mí en solo un par de segundos. Tengo que recomponerme y decirle algo, pero ¿qué?

—Daniel —le digo cuando está a un par de yardas de distancia—. Soy una gran admiradora de tu trabajo y me encantaste en *Ámame locamente*. Estuviste sencillamente…

No reduce el paso, pero vuelve la cabeza hacia mí y frunce aún más el ceño, como si yo fuera un roedor del que intentara deshacerse por pura fuerza de voluntad. Es entonces cuando me doy cuenta: no estoy hablando con Daniel De Luca.

El hombre que tengo delante no es una estrella de cine. Vale, está buenísimo y parece el hermano gemelo de Daniel De Luca, pero es un hombre normal y corriente al que acaba de abordar una mujer estadounidense.

—Lo siento —le digo, esbozando mi mejor sonrisa, con la esperanza de que pase por alto mi humillación y achaque mi metedura de pata a la cordialidad estadounidense—. Te he confundido con otra persona.

No se detiene.

No dice ni una palabra.

Ni siquiera sonríe ni asiente a modo de saludo.

Solo sigue su camino, como si yo fuera una loca y él tuviera prisa por llegar a algún sitio.

Me invade la vergüenza. ¿Qué me pasa? De hecho, estoy alucinando y empiezo a ver a Daniel De Luca en cualquier hombre que pase por la calle. A este ritmo, acabaré escondiéndome entre los arbustos del jardín delantero de Daniel De Luca para intentar orquestar un encuentro ocasional y totalmente fortuito entre nosotros antes de que acabe la semana. Puede que vuelva a ser la preadolescente que un día fui y que empiece a llenar mis cuadernos con garabatos de Daniel De Luca. Otra vez.

Intento ser un poco indulgente conmigo misma. Entre la ruptura, el estrés del trabajo y mi hotel repleto de recuerdos de

mi madre, no es de extrañar que esté rozando los límites de lo razonable. La época en la que Daniel De Luca formaba parte de mi vida fue totalmente despreocupada. No había préstamos estudiantiles ni prometidos infieles ni existía la posibilidad de perder mi trabajo. Y mi madre seguía siendo la persona en la que confiaba para todo, desde los consejos de maquillaje hasta el dinero.

Después de su muerte, nunca deseé que el reloj retrocediera ni mantuve conversaciones con ella en mi cabeza. Me preocupaba no recuperarme nunca si lo hacía. En cambio, seguí adelante, dejando todo lo relacionado con ella —las puestas de sol, los cuentos de hadas y los «felices para siempre»— justo donde estaba: en mi pasado. Y es como si Londres me estuviera empujando a mirar hacia atrás.

Inspiro hondo y me obligo a poner en perspectiva la realidad de emocionarme como una fanática ante un perfecto desconocido en la calle. A mi madre nunca le daba vergüenza nada. Si estuviera aquí, habría hecho que el imitador involuntario se detuviera y posara para las fotos. Al menos aquí no hay nadie que me reconozca. Nueva York es una ciudad enorme, pero me cruzo con gente conocida con demasiada frecuencia como para sentirme capaz de hacer caso omiso de mi vergüenza y seguir tan campante.

Por primera vez en mucho tiempo, desearía que mi madre estuviera aquí. Me animaría su capacidad para reírse de sí misma, para sacudirse el miedo y sacar lo mejor de cualquier situación. Estoy convencida de que me diría que no tengo por qué ser esa yo adulta, sin prometido y al borde de la indigencia. Me aseguraría que puedo reírme a carcajadas en público, abordar a completos desconocidos y estar enamorada de Daniel De Luca.

Pero no está aquí, y lo único que puede hacerme sentir un poco mejor es pensar que nunca más tendré que volver a ver a ese desconocido que me resulta tan familiar. Tengo que encon-

trar la salida más cercana e ir a buscar una cafetería. Una dosis de cafeína es la terapia que necesito ahora mismo.

Suspiro, echo un vistazo a mi alrededor… y me doy cuenta de que estoy exactamente en el mismo lugar donde Julia y Daniel se encontraron por primera vez en *Ámame locamente*.

3

Ayer solo pude encontrar cadenas de cafeterías a pesar de buscar algo diferente. Esta mañana le he pedido una recomendación al conserje. Son solo las siete y cinco, pero *Creo en el café* está a rebosar. Eso tiene que ser una buena señal. La larga cola serpentea por el centro del local y deja espacio a los lados para unas cuantas mesas.

Entrecierro un ojo, luego lo abro y cierro el otro, tratando de averiguar si es que no estoy acostumbrada a estar despierta a estas horas o si estoy demasiado cansada. Suspiro, doy un paso atrás y le piso el pie a alguien.

—¡Ay, Dios mío, lo siento muchísimo! —Trastabillo, me doy la vuelta para disculparme y me quedo paralizada por la sorpresa, como si alguien me hubiera puesto en pausa. No puedo creer lo que ven mis ojos: el doble de Daniel De Luca al que abordé ayer me está mirando fijamente—. ¡Eres tú! —Encontrarme un rostro familiar es como una descarga de adrenalina en el corazón; ayer hice el ridículo delante de él, pero hoy no me resulta tan humillante como en ese momento—. Soy yo. —Me llevo la mano al pecho—. La de ayer, en el parque. Pensé que eras… Da igual… Te confundí con otra persona —¿Este hombre me está siguiendo o qué? Su expresión no es menos severa que ayer, pero hoy estoy más cerca, así que quizá por eso me parezca un poco menos amenazador. Sus largas pestañas se arquean hacia arriba, suavizando la línea de su mandíbula masculina y el ceño fruncido. ¿Es de mala educación preguntarle si se aplica algún sérum antes de acostarse? Sea lo que sea lo que

hace que esas pestañas crezcan así, quiero un poco. Sigue sin decir nada. No sé por qué, pero me alegro mucho de verlo. Quizá estoy tan desesperada por encontrar una cara amiga que estoy dejando de lado la timidez, o quizá el espíritu de mi madre está conmigo y me inmuniza contra la vergüenza. De cualquier modo, tras una noche en un nuevo continente, hay algo que bulle en mi interior y me dice que Londres no es solo una oportunidad para salvar mi trabajo: también es una ciudad nueva, y quizá se me pegue algo de su modernidad y pueda lucirla durante un tiempo. Puedo probar a ser una nueva yo, o, como mínimo, plantearme un nuevo comienzo. O cinco semanas de uno, al menos. Aquí nadie me conoce. A este desconocido y a mí nos separará el ancho océano el mes que viene. ¿Qué más da si lo saludo y me detesta?—. Me llamo Tuesday, como el día de la semana. —Le dedico mi mejor sonrisa del norte del estado de Nueva York, esa que dice que me gusta recoger manzanas los fines de semana y hornear mi propio pan. Es diferente de la expresión que desarrollé cuando me mudé a la ciudad, que transmite un «no te metas conmigo o te apuñalaré en el corazón»—. Nos conocimos ayer. —Sus ojos son del color azul de los acianos, tan brillantes que casi parecen falsos. No me extraña que pensara que era una estrella de cine: en la gran pantalla batiría récords de taquilla. Echa un vistazo sobre mi hombro y asiente. Me doy la vuelta y veo que la cola ha avanzado un poco, pero yo no. Doy unos pasos arrastrando los pies—. Acabo de llegar a Londres. Es la primera vez que vengo. ¿Trabajas por aquí? ¿Vienes en metro hasta Green Park? —La Tuesday de Nueva York no entablaría conversación con desconocidos, pero no estoy en Nueva York. Quizá a la Tuesday de Londres le gusta charlar con gente que no conoce.

Sus ojos vuelven a posarse en los míos y me estudia sin decir una palabra. Su mirada recorre mi rostro, mi cuerpo, hasta llegar a los dedos de los pies y luego vuelve a subir.

—¿Thursday?

Un calor me recorre el cuerpo como si su mirada dejara un hilo de chocolate derretido sobre mi piel desnuda. Frunzo el ceño, un poco irritada por la forma en que mi cuerpo está reaccionando ante un hombre tan poco amable. ¿Y por qué me habla del jueves?

—Hoy es lunes —digo, confusa.

—Me refiero a tu nombre.

Ay, qué encanto, ha hecho un esfuerzo por recordarlo. Mi sonrisa de relaciones públicas vuelve a aparecer.

—Tuesday, no Thursday —lo corrijo—. Encantada de conocerte. —Le tiendo la mano y, en lugar de estrechármela, como haría cualquier ser humano normal, aunque sea un perfecto desconocido, se limita a asentir una vez más. Vuelvo la cabeza bruscamente y veo que la cajera me está haciendo señas.

Vale, el doble de Daniel De Luca es un maleducado, pero al menos ya es mi turno para pedir el café.

Pido mi capuchino tamaño grande con doble carga, mitad leche de almendra, mitad leche de avena, tres dosis de caramelo, espuma extra y una pizca de canela. Espero de verdad que se acuerden de la pizca de canela. Por norma general aciertan el cincuenta por ciento de las veces.

La cajera, que tiene el pelo de un rojo intenso y una etiqueta con el nombre —«GINNY»—, me mira.

—¿Eres estadounidense?

Sonrío de oreja a oreja.

—Sí. Supongo que mi acento me delata.

Su rostro es inexpresivo.

—Ha sido más bien por tu pedido. —Le grita mi pedido al barista y este gruñe sin disimulo—. ¿Nombre?

—Tuesday.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Si tú lo dices… —Garabatea algo en mi vaso, yo pago y

dejo la propina, y me aparto, aunque me quedo cerca de la cola para poder oír qué va a pedir el doble de Daniel.

—Un café solo mediano —le dice Ginny al barista sin que Doble-D pronuncie ni una palabra. Paga con el móvil, echa un billete en el bote de las propinas y luego se queda a mi otro lado, mirando su móvil.

Quizá sea tartamudo y no pueda decir frases completas sin trabarse. Solo le he escuchado una palabra, y aun así supongo que debería sentirme especial, ya que ni siquiera le ha deseado buenos días a la cajera.

El barista anuncia el café solo mediano y Doble-D se dirige al mostrador para cogerlo. Es alto y corpulento, y no debería moverse con tanta elegancia como lo hace. Un momento… ni siquiera han dicho su nombre. Debe de ser un cliente habitual.

—¡Tuesday! —grita alguien. Me vuelvo y veo a Ginny con mi café en las manos. La cola ya casi ha desaparecido y hay otra persona atendiendo la caja registradora.

—Gracias —sonrío, cogiendo un portavasos—. He oído que aquí hacen un café buenísimo.

—Somos los mejores de Mayfair —responde ella, ordenando las cucharillas y los sobres de azúcar—. Quizá incluso de todo Londres.

—Mi cafetería favorita está en Nueva York.

—¿Eres de ahí? —pregunta ella.

—Sí. Solo estoy de paso, como habrás adivinado. Voy a quedarme aquí unas semanas por trabajo. —Me lo pienso un segundo, preguntándome si decir algo más o no. No es excesivamente simpática y he oído que los británicos pueden ser un poco fríos. Pero la Nueva Tuesday es más fuerte que yo—. Espero marcharme de aquí con un ascenso.

—Sea como sea, podrás pasar un tiempo en la mejor ciudad del mundo.

Asiento y voy a darle un sorbo al café, pero cambio de opinión al recordar que me lo acaban de servir.

—Sí. Estoy en Londres. He estado tan centrada en demostrar mi valía en mi nuevo puesto como asistente ejecutiva que me he saltado la parte de estar en un lugar que siempre había soñado visitar. Tengo miles de años de historia a mi alrededor y ni siquiera he abierto una guía turística. Voy a tener que centrarme en el trabajo de eso no hay duda, pero tengo varios fines de semana por delante—. Ese hombre que estaba detrás de mí a la cola, el del café solo… ¿Qué le pasa?

Me echa un vistazo y, de repente, se le iluminan los ojos.

—Está buenísimo, ¿verdad? Es decir, el traje, esos ojos… ¿Has visto el tamaño de sus manos?

—¿Alguna vez habla? —pregunto—. Porque te sabes su pedido de memoria.

—Debe de haberlo hecho en algún momento. Pero un tipo así solo tiene que decirme lo que quiere una vez y lo memorizo para el resto de mi vida. Viene los siete días de la semana, pero nunca entabla conversación. De vez en cuando me da las gracias. Siempre deja propina, algo que el noventa y nueve por ciento de los clientes no hace. Y, sinceramente, no me importa lo que diga o lo que deje de decir, siempre y cuando pueda mirarlo una vez al día. Es una dosis de dopamina con patas.

No puedo llevarle la contraria. Parece una estrella de cine.

—Es idéntico a Daniel De Luca —comento.

—Supongo que sí. —Se queda parada un instante y me mira con los ojos entrecerrados—. ¿De verdad te llamas Tuesday?

Sé que no me lo pregunta porque le parezca bonito mi nombre, pero no puedo evitar sonreírle de oreja a oreja.

—Claro que sí.

Me encanta mi nombre. Aunque eso no quiere decir que no me miren con extrañeza cuando me presento en Nueva York. Tuesday es el nombre con el que mi madre quería llamar a su

hija desde que tenía cuatro años, porque era su palabra favorita. Cada vez que lo digo, es como si sintiera el cálido apretón de su mano en la mía.

—Es poco común.

—Sí. —Asiento. Miro el reloj. Es hora de irme—. Gracias por el café.

Al salir de la cafetería, echo un vistazo a lo largo de la calle, casi esperando ver al doble de Daniel De Luca.

Menuda coincidencia. En Londres hay un montón de gente; no es lógico que me topara con el mismo desconocido dos días seguidos. Mi madre diría que es el destino. Y Melanie también. Algo me dice que vamos a volver a encontrarnos… Quizá porque voy a asegurarme de estar haciendo cola para tomar un café mañana exactamente a la misma hora.